



4

El Evangelio de la Bendición

El principio y fundamento de nuestra vida cristiana es buscar, encontrar, conocer y amar a Dios. Nuestra vocación es la unión con Dios, y el deseo de felicidad que llevamos en el corazón manifiesta nuestra vocación humana: Dios nos ha hecho para Él. Ahora bien, ante esta buena noticia, viene la siguiente pregunta: ¿cómo alcanzar esa felicidad?, ¿cómo conseguir la unión con Dios? Pues mirad, la Escritura, la Revelación, la Fe de la Iglesia nos habla enseguida de una palabra clave: el camino que ha elegido Dios para que alcancemos la felicidad es el camino de la Bendición.

Vamos a partir de un texto clave para comprender lo que queremos anunciar, que por un lado nos introduce en el final del Evangelio y por otro lado nos introduce en la actualidad de nuestra vida cristiana ahora en la Iglesia y en el mundo.

Escuchamos la narración de la Ascensión del Señor al final del Evangelio de san Lucas:

Texto (Lc 24, 50-53) _____

«Jesús sacó a sus discípulos hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios».

La Ascensión del Señor marca la característica del tiempo de la Iglesia. Jesús, el Señor, vivo y glorioso, está siempre presente con nosotros. Acordaos de las últimas palabras que el Señor nos dice en el evangelio de san Mateo: **«Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».**

Ahora bien, una vez que el Señor está resucitado, está en condición gloriosa, divina, y por lo tanto, su humanidad participa de la divinidad. De aquí que como Dios está entre nosotros escondido, oculto a nuestra mirada. Es lo que marca la Ascensión: al Señor lo dejaron de ver los discípulos porque ahora va a estar presente de una manera nueva, distinta, divina.

El Señor, antes de dejar de ser visto por los discípulos, nos dice que **alzando las manos los bendijo**, y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo. Como nos dice el comienzo de los Hechos de los Apóstoles, una nube lo separó de ellos.

¿Os habéis fijado? *Alzando las manos los bendijo, mientras los bendecía fue llevado al cielo.* ¿Qué significa esto? Quiere decir que la despedida de Jesús es bendiciendo. Lo último que hizo el Señor fue bendecir para que entendamos que toda la vida de Cristo glorioso, presente en la Iglesia y en el mundo aunque no le vemos, es una continua bendición. Esta es la verdad.

La vida de la Iglesia es la vida del gozo de saber cómo el Señor está continuamente derramando bendición y queriendo derramarla –porque desgraciadamente el Señor no puede derramar toda la bendición que quiere, porque para poder dar la bendición necesita de nuestra colaboración–.

Y ante un Dios hecho hombre, resucitado, glorioso, presente y vivo entre nosotros hasta el fin de los tiempos, ¿cuál es la respuesta que suscita en sus discípulos? Ellos, después de postrarse ante Él, de adorarle, se volvieron a Jerusalén llenos de alegría, con gran gozo y **estaban siempre bendiciendo a Dios.**

Por lo tanto, ante ese Señor que está continuamente bendiciendo en el tiempo de la Iglesia, y que quiere derramar copiosamente su bendición, Él está esperando en nosotros una respuesta que corresponda a su bendición, que es también bendecirle nosotros a Él.

Es la misma palabra, pero no tiene exactamente el mismo sentido. Así pues, de un golpe, al final del evangelio está como resumido en una sola palabra el centro de la vida de la Iglesia, está resumida la vida cristiana.

La vida cristiana es una vida en la bendición del Señor, en la bendición de Jesucristo, único Salvador del mundo, —qué maravilla, cuántas veces nosotros hemos dicho: «¡Que el Señor te bendiga!»—. Cuántas veces esta expresión es para nosotros como el deseo de lo mejor. No te habías dado cuenta de que no solo es la despedida, sino como el lema de Cristo en la Iglesia: **al ascender, el Señor bendecía**, porque es el lema de su vida, su manera de vivir entre nosotros. La vida cristiana es una bendición: bendición de Dios a los hombres, bendición del hombre a Dios.

Vamos a ver cómo esa bendición desciende del cielo para colmar de vida a los hombres por parte de Dios; pero vamos a ver cómo es decisiva la actitud del hombre para permitir en muchos casos esa bendición, y cómo es también decisiva la bendición del hombre hacia Dios.

Escuchemos lo que nos dice ahora el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el número 1079. Nos va a hablar de la historia de la salvación; estemos atentos a cómo lo describe al comenzar a hablar de la liturgia de la Iglesia.

Texto (CIgC 1079) —————

«Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda la obra de Dios es bendición. Desde el poema litúrgico de la primera creación hasta los cánticos de la Jerusalén celestial, los autores inspirados anuncian el designio de salvación como una inmensa bendición divina».

Toda la historia de la salvación es la realización concreta, ¿de qué? De un plan lleno de sabiduría y de amor de Dios, pensado y madurado desde toda la eternidad. **Toda la historia de salvación es una inmensa bendición divina** que supera lo que el hombre puede haber soñado y que vamos conociendo en la medida en que la historia se va desarrollando, porque vamos experimentando la bendición de Dios.

Desde el comienzo de los tiempos toda la obra de Dios es bendición: tú eres una bendición de Dios, tú el primero o la primera de todos, cada uno de nosotros, somos una bendición de Dios, por aquí empieza, y cómo la relación con cada persona es una relación de bendición. **Dios me mira con un inmenso deseo de bendecirme**, ¿lo habías pensado alguna vez? Que tú eres a quien Dios desea bendecir con sus dones divinos, no con cualquier don, sino que el Señor nos va llenando de dones, unos dones que no son sino la preparación para poder darse Él a sí mismo a nosotros.

La fuente de toda bendición es Dios mismo: el Padre que derrama todos los dones en Cristo por el Espíritu Santo. Hemos comenzado a existir para ser continuamente bendecidos hasta que lleguemos a la bendición de las bendiciones en el cielo.

Vamos a intentar penetrar en el sentido que tiene la bendición divina. Es algo sencillo, pero muy profundo. Vamos a dejar guiarnos por el *Catecismo de la Iglesia Católica* que nos presenta en síntesis luminosa lo que es la fe de la Iglesia.

Vamos a escuchar lo que nos dice al hablar del Padre, fuente y fin de la liturgia, y al hablar de la oración en el tiempo de la Iglesia, cuando nos habla de las formas de oración y en concreto de la bendición. Comenzamos por el número 1078:

«Benedicir es una acción divina que da la vida y cuya fuente es el Padre. Su bendición es a la vez palabra y don ("bene-dictio"). Aplicado al hombre, este término significa la adoración y la entrega a su Creador en la acción de gracias».

Como veis, **benedicir** tiene un doble sentido: ante todo, ha de ser aplicado a Dios, pero también el sustantivo bendición puede ser aplicado al hombre. Vamos a ir por partes. Vamos a empezar por el Señor.

Benedicir es una acción divina que da la vida, es a la vez **palabra** (*hablando*) y **don** (*haciendo y dando*).

Por lo tanto, bendecir no es solo una buena intención: es acción divina, no se queda simplemente en un sentimiento, es algo operativo, que incide en la realidad, que transforma y cambia la realidad. Y esto nos enseña a descubrir cómo nos ama Dios. Si pensáis un poquito, nos hace descubrir la lógica del amor ¿Por qué? Cuando amamos de verdad a alguien, tratamos de compartir con esa persona nuestros deseos, nuestros proyectos, nuestras intenciones. Si, cuando nos proponemos hacer algo eso va a afectar a una persona, es lógico que tú, antes de hacerlo, se lo hagas saber, porque si no, se lo impondrías, podrías hacerlo contra su voluntad, aunque fuera una cosa maravillosa.

Dios, que nos ama con locura y nos ama mejor que nadie, Él nos quiere bendecir y por lo tanto, lo primero que hace es **hablar**, contarnos lo que quiere hacer, dialoga con nosotros, nos dice esa palabra que nos dirige al corazón, para que hagamos nuestro lo que Él desea, porque solo cuando lo hagamos nuestro, lo recibiremos.

Es clave entender esto: **Dios habla al hombre** y esa palabra es **una palabra de promesa**, porque cuando hablas de algo que darás, es algo que todavía no has dado. Por lo tanto, algo que has dado a conocer, pero estás prometiendo. Por tanto, la bendición de Dios es palabra que cumple lo que promete. Es fundamental entenderlo en nuestra vida, solo creemos a Dios cuando nos fiamos de Él, y cuando Dios dice algo es verdad y cuando da una palabra es para realizar lo que dice.

Es fundamental entender por qué Dios ha irrumpido en la historia y enseguida ha hablado al hombre. Irrumpe después del pecado en la vida de Abraham y lo primero que hace es dirigir una palabra personal, y lo segundo que hace es prometerle una tierra y una descendencia; le dice: «**Yo te bendeciré y tú serás una bendición para toda la humanidad**».

Por lo tanto, **palabra y don**: Dios habla con el deseo de encontrarse y darse a nosotros. Por lo tanto, la relación con Dios nos introduce en una comunión con Él, en el abrazo con Él. Dios sigue un proceso, va entrando en nuestra vida con un sentido de bendición, va hablando, va actuando y va colmando de dones. El Señor va siempre de menos a más, va poco a poco para poder colmarnos de sus dones.

Aplicado al hombre la bendición, ¿qué es?: La bendición es la adoración y la entrega a Dios en la acción de gracias. El hombre que se reconoce bendecido por Dios, adora al que le bendice y en agradecimiento se entrega a Él.

Por lo tanto, en un movimiento de adoración, de acción de gracias y de alabanza a Aquel que nos bendice, porque nos reconocemos, valoramos y nos sentimos agraciados y amados por lo que nos da, por los bienes recibidos. Pero –¡atención!– no solo eso, sino que además el hombre se entrega al Creador, ¿para qué? Para recibir más dones.

Por tanto, Dios bendice porque habla y derrama dones, y el hombre responde al diálogo de Dios entregándose, haciendo a Dios don de sí mismo para ser más bendecido.

La bendición desde el punto de vista del hombre tiene un doble movimiento. Para verlo, vamos a pasar a los números 2626 y 2627 donde el *Catecismo* nos habla de la bendición:

Texto (CIgC 2626 y 2627)

«La bendición expresa el movimiento de fondo de la oración cristiana: es encuentro de Dios con el hombre; en ella, el don de Dios y la acogida del hombre se convocan y se unen. La oración de bendición es la respuesta del hombre a los dones de Dios: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a su vez a Aquel que es la fuente de toda bendición».

«Dos formas fundamentales expresan este movimiento: o bien sube llevada por el Espíritu Santo, por medio de Cristo hacia el Padre (nosotros le bendecimos por habernos bendecido); o bien implora la gracia del Espíritu Santo que, por medio de Cristo, desciende del Padre (es él quien nos bendice)».

En la bendición nos unimos a Dios. El hombre implora, suplica la bendición, y esto es clave para entender la bendición desde nuestro punto de vista, y esa clave es la **ofrenda**. Escuchemos lo que nos dice el *Catecismo* en el número 1083:

Texto (CIgC 1083)

«La Iglesia no cesa de presentar al Padre "la ofrenda de sus propios dones" y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que ... estas bendiciones divinas den frutos de vida "para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1,6)».

Dios bendice, pero es importante que descubramos que para bendecir necesita nuestra colaboración y, ¿cuál es la actitud clave del hombre para poder recibir la bendición de Dios? Esa palabra es **ofrenda**: es el acto por el cual el hombre hace don de sí mismo a Dios presentándose ante Él para que Dios le acoja y le colme de sus dones, para que le bendiga. Esto es la ofrenda.

Solo voy a hacer un apunte. El sacrificio de Cristo, dice la *Carta a los Hebreos*, es el acto por el cual Él se ofreció a sí mismo, de una vez para siempre, para salvación de todos.

Por lo tanto, las palabras **ofrenda** y **bendición** son claves para que nosotros podamos comprender el verdadero sacrificio de Cristo y por tanto, el misterio también de la salvación. Dios nos habla esperando nuestra respuesta y el hombre se ofrece para ser el lugar donde el Señor derrama su bendición.

Aquí el hombre aprende a presentar su vida, a los seres queridos, a las situaciones de la vida, de la historia, a presentar la humanidad, la Iglesia, todas las cosas que están llamadas a ser bendecidas por Dios, pero Dios necesita hombres y mujeres, corazones que le ofrezcan aquello que Él ama para ser bendecido.

Damos gracias a Dios desde lo más profundo del corazón porque Él vive para bendecirnos. Y sintiéndonos bendecidos tenemos que adorar, alabar, porque si el Señor da y nosotros no valoramos es evidente que no hemos apreciado lo que hemos recibido. De aquí que el agradecimiento atrae nuevos dones; de aquí que no solo es clave la ofrenda, también es clave la alabanza, la adoración, el agradecimiento, porque bendecir a Dios por los dones recibidos es el camino para ser nuevamente bendecidos.

Nosotros hemos sido llamados a ser testigos del Señor y el camino fundamental es dar fruto, ese fruto que el Señor quiere dar a través de nosotros y el camino precisamente es este, ser colmados de sus dones.

Toda la historia de la salvación es la historia de la bendición de Dios. Vamos a escuchar cómo el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos presenta esta historia de la salvación, desde el 1079 pasamos al 1089 donde se describe esta historia, que comienza con la bendición de Dios y que después del pecado vuelve a ser por iniciativa divina una historia de salvación hasta nuestros días, hasta el final de los tiempos.

«Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda la obra de Dios es bendición...

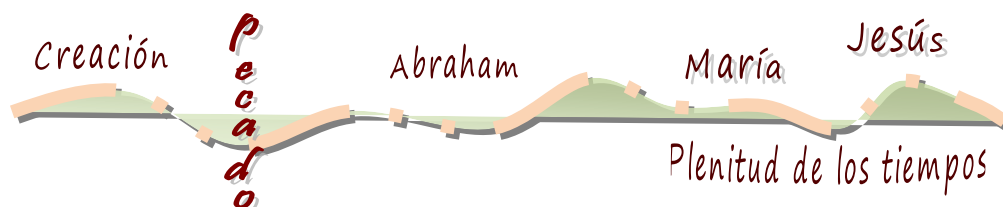
Desde el comienzo, Dios bendice a los seres vivos, especialmente al hombre y la mujer. La alianza con Noé y con todos los seres animados renueva esta bendición de fecundidad, a pesar del pecado del hombre por el cual la tierra queda "maldita". Pero es a partir de Abraham cuando la bendición divina penetra en la historia humana, que se encaminaba hacia la muerte, para hacerla volver a la vida, a su fuente: por la fe del "padre de los creyentes" que acoge la bendición se inaugura la historia de la salvación».

Como veis, toda la historia de la salvación es una inmensa bendición divina, una bendición divina que se va haciendo historia, historia de bendición que va llamando al hombre a abrirse a la acción de Dios.

Al comienzo Dios crea al hombre en estado de gracia y el hombre peca. Con el pecado del hombre entra la maldición en la creación y en la historia, pero el Señor no se ha quedado de brazos cruzados; Dios no nos ha dejado a nuestra suerte, sino que enseguida ha retomado la iniciativa y desde el primer anuncio con el protoevangelio, con el anuncio de la mujer cuya descendencia aplastará a la serpiente, desde ahí el Señor retoma el hilo de la historia y sobre todo a partir de Abraham es un nuevo comienzo de esa historia de bendición.

Es con Abraham cuando la bendición divina penetra de nuevo en la historia, esa historia humana que después del pecado se encaminaba a la muerte. Y la bendición divina entra, ¿para qué? Para hacer volver la historia, la humanidad, a cada uno de nosotros, hacernos volver a la vida, a nuestra fuente que es Dios, y esto ha sucedido por la fe del **padre de los creyentes**, por la fe de Abraham que acoge la bendición de Dios.

Desde este retomar la historia a lo largo de los siglos llegamos la plenitud de los tiempos, donde encontramos a la bendita entre todas las mujeres, la que se ha convertido en la bendición para toda la humanidad, nuestra Madre la Virgen María. Dios ha bendecido de nuevo la humanidad, descendiendo Él mismo, haciéndose hombre y convirtiéndose en la gran bendición: nuestro Señor Jesucristo, a quien adoramos desde lo más profundo del corazón.



Y el Hijo de Dios encarnado, crucificado y resucitado, ahora vivo y glorioso, en los últimos tiempos, que son los tiempos de la Iglesia, vive bendiciéndonos continuamente.

Tenemos que llegar aquí, a la vida de ahora, a la vida actual, a la vida de la Iglesia, a tu vida y a la mía, a la vida que nos toca vivir, que es lo que el Señor quiere que comprendamos cada vez más profundamente en ese movimiento, sencillo y profundo, que es aprender a vivir en bendición.

¿Nunca habías pensado que es siendo bendecido, bendecida como te conviertes en instrumento de colaboración en la obra de salvación de Dios? El primer movimiento de tu corazón tiene que ser siempre el Señor, buscar al Señor, porque de la unión con Dios viene todo lo demás. Sin la unión con Dios nada podemos hacer cristiano, y de la verdadera unión con Dios se derivan todos los frutos y todas las bendiciones. Unido al Señor, allí donde estés, vas a ser una fuente de bendición para los que viven a tu alrededor y también experimentarás cómo Dios te bendice.

Tenemos que hacer un largo recorrido porque, para entender la profundidad y la verdad de la bendición actual de Jesucristo –fruto de su sacrificio, del que podemos participar todos los días en la Santa Misa– tenemos que ponernos a la escucha de la pedagogía, de la enseñanza que va haciendo Dios a través de la historia de la salvación para preparar el tiempo de ahora, el tiempo de Cristo glorioso bendiciendo en la Iglesia y a través de la Iglesia.

Por eso ahora os invito desde aquí a una cita cada domingo, el día del Señor, a este encuentro con el Señor que nos quiere unidos a Él, que nos llama a experimentar, vivir y transmitir su bendición.

Vamos a hacer un recorrido largo para descubrir la profundidad, los matices, las formas con las cuales Dios ha ido descubriendo quién es, cómo está entre nosotros, qué desea de nosotros, qué quiere vivir contigo, cómo te quiere bendecir y colmar de su vida.

Creados para ser felices, participando de la felicidad que es Dios, la vocación que tenemos en nuestra vida es alcanzar la unión con Dios. Y la bendición como la felicidad no es solo para luego, para después de este mundo: la felicidad comienza ya en la tierra en la medida que estamos unidos al Señor. Y el camino para poder unirnos a Dios es, ante todo, la bendición, una bendición que significa acoger los dones de Dios en la ofrenda y en la acción de gracias, convirtiéndonos, en la medida en que somos bendecidos por Dios, en instrumentos de bendición para los demás.

¡Alabado y bendecido sea el Señor! Desde lo profundo de tu corazón dialoga con Él, habla al Dios que te habla y se te da y te colma de dones. Háblale, y dale el único don verdaderamente apreciable para Él, que eres tú. Bendícele con tus palabras en la sencillez de tu corazón, en las palabras que te brotan al conocer a un Dios tan bueno.

Te alabo y te bendigo, Señor, porque me quieres, porque me amas y me has dado la vida, porque eres Trinidad infinita. Bendito seas por el don de la vida, por todas las criaturas que has creado y por el don de la historia de la salvación.

Vamos a concluir con un texto litúrgico de la Iglesia, un texto precioso de la liturgia eucarística, el **prefacio de la Plegaria Eucarística IV** del Misal Romano:

En verdad es justo darte gracias y deber nuestro glorificarte, Padre santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero que existes desde siempre y vives para siempre; luz sobre toda luz.

Porque tú solo eres bueno y la fuente de la vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria.

Por eso, innumerables ángeles en tu presencia, contemplando la gloria de tu rostro, te sirven siempre y te glorifican sin cesar. Y con ellos también nosotros, llenos de alegría, y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre cantando.



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 4 de noviembre de 2007



PARA PROFUNDIZAR EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal
y a la comprensión del texto:*

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu
Pídele que te ilumine y
te abra a la comprensión de la
Palabra



Lectura del texto
Lee de forma pausada para
captar qué dice el texto



Meditación
¿Qué me dice el Señor en
este encuentro?



Oración
Respondo al Señor,
de corazón a corazón



Compromiso
Salto a la vida con
otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿En qué te sientes bendecido, bendecida, en qué tarea experimentas la bendición de Dios?
- ✓ En aquellos dones que has recibido ¿te sientes solidario/a con los más necesitados?
- ✓ ¿Conoces las Escrituras? ¿Rezas con la Palabra de Dios?
- ✓ ¿Tu oración es de súplica, alabanza, agradecimiento, adoración...?
- ✓ ¿Has sentido la presencia del Señor en los tramos de tu camino, en las dificultades?